

Siria y la hipocresía de Occidente

Carlos LARRÍNAGA

Historiador

A raíz de lo mucho que se está hablando del incidente químico de Jan Shijún y del posterior bombardeo norteamericano de la base aérea siria de Shayrat, conviene aclarar algunos aspectos que estimo fundamentales. En primer lugar, la tragedia de esa localidad de la provincia de Idlib sólo me provoca el mayor de los rechazos. Sin embargo, aún no está claro qué sucedió, existiendo dos versiones contradictorias. Por eso, la pregunta que nos debemos formular es ¿por qué Estados Unidos no quiere una investigación independiente, tal como solicita Rusia? ¿Por qué se ha dado por buena la versión de Washington y por mala la de Moscú? ¿Por qué se da por hecho que la Administración Trump tiene mayor credibilidad que la Administración Putin? ¿A qué responde este burdo maniqueísmo? ¿No sería más lógico aguardar a los resultados de una indagación neutra y sistemática que esclareciese lo sucedido y entonces tomar medidas? En realidad, no descarto que haya intereses empeñados en responsabilizar a Damasco para justificar el disparo de los Tomahawks.

En segundo lugar, la agresión se ordena tras las encuestas de (im)popularidad de Donald Trump antes de los cien días en el cargo. Este dato no ha de pasar desapercibido, puesto que es un clásico en la historia recurrir a la política exterior para disimular o tratar de camuflar problemas de política interior. Ha sido frecuente en muchas naciones y los presidentes americanos no han sido una excepción. Baste recordar que Bill Clinton, en sus peores horas por el escándalo Lewinski, mandó atacar Irak. En este sentido, a nadie se le escapa los reveses que el ejecutivo de Trump ha tenido en estos meses: el rechazo judicial a su propuesta de inmigración o la negativa de una parte del Partido Republicano a aprobar su reforma sanitaria, por ejemplo. Con su actuación en Siria, su amenaza a Corea del Norte o su intervención en Afganistán es como si quisiera compensar su falta de aceptación dentro del país con las palmaditas recibidas fuera, fundamentalmente de los miembros de la Unión Europea. De ahí que creo que este dato hay que tenerlo en cuenta. En particular, cuando estamos ante una política exterior completamente errática y poco meditada.

En tercer lugar, hay que recordar que han sido precisamente los Estados Unidos los que más armas químicas ha empleado en un escenario bélico. Me estoy refiriendo, lógicamente, al Vietnam, donde la desesperación le llevó a utilizarlas de forma masiva para generar el mayor daño posible. Pero no sólo eso, porque Washington dotó de armas tóxicas, al Irak de Sadam Husein en su lucha contra el Irán de los ayatolas. Incluso las usó en la invasión de Irak. Creo que esto convendría recordárselo no sólo al propio Trump, sino también a su lenguaraz embajadora ante la ONU, Nikki Haley, gran aficionada ella a las fotografías. Pues si las desea, en los libros de historia y en la prensa de la época encontrará unas cuantas con niños, mujeres y hombres arrasados por el napalm. No obstante, y para calmar su conciencia, lo cierto es que el recurso a ellas ha sido bastante habitual desde la Gran Guerra y EEUU no tiene la exclusiva. Últimamente, las tropas de Arabia Saudí se han servido de ellas contra los rebeldes hutíes en Yemen y no me consta que haya habido ningún bombardeo contra sus instalaciones. Ni siquiera una condena formal por parte de Occidente, no vaya a ser que uno de los mayores productores de petróleo del mundo se enoje.

En cuarto lugar, se habla de Bashar al-Asad como de un carnicero, de un asesino o de un animal. Obviamente, no es una monjita de la caridad, pero hay que tener en cuenta que estamos ante un conflicto civil y las atrocidades que éste conlleva. Por supuesto, no trato de justificar nada, pero es necesario tener en cuenta el contexto, dado que la Siria que yo conocí hace unos años no se parece en nada a la actual. Pero, así mismo, en circunstancias normales ha habido regímenes tan crueles o más que el sirio y Estados Unidos y Europa no ha tenido ningún empacho en sostenerlos. Podríamos volver a poner el ejemplo de Sadam Husein, pero hay otros: determinadas dictaduras latinoamericanas o africanas nos servirían igualmente. Y, en especial, Arabia, una teocracia presidida por la intolerancia y la vulneración constante de los derechos humanos. Por no hablar de su fomento del wahabismo, base intelectual del islamismo radical que practican organizaciones

terroristas como Al-Qaeda o Dáesh. No obstante, Riad constituye en estos momentos un aliado fiel tanto de Washington como de Occidente. Indudablemente, por su importancia en la obtención de crudo, como anteriormente he dicho.

Y, por último, el haber identificado las llamadas primaveras árabes con procesos democráticos semejantes a los que se pudieron dar en la década de los noventa en la Europa oriental, tras la caída del comunismo, fue un un error garrafal. El respaldar a grupos insurgentes para echar del poder a los caudillos de turno se ha convertido en algo desastroso para la región. Evidentemente, no estoy a favor de sistemas dictatoriales, pero hay que saber muy bien el terreno que se pisa. ¿Acaso todas esas sociedades estaban suficientemente maduras como para aceptar la democracia? No olvidemos que ésta es una construcción política propia de una cultura y que para su desarrollo necesita de unas condiciones determinadas, las cuales no se dan en todos lados. Hubo precipitación y nefasta gestión, sin medir las consecuencias de tales apoyos. De suerte que de aquellos polvos tenemos estos lodos.

14 de abril de 2017

Publicado en *El Diario Vasco*, 24 de abril de 2017, p. 16